

La crisis de la educación

SANTIAGO HERNANDEZ RUIZ

En la obra que hace cuatro años dediqué a este problema, tomé como punto de referencia, por los imperativos del momento, el problema del rendimiento escolar, puesto de relieve no sólo por la baja calidad y cantidad de los resultados instructivos, sino por el escandaloso comportamiento de los estudiantes en el seno de la sociedad. Una publicidad sobre los fracasos escolares que hacía a los alumnos únicos responsables de ellos, y unas prácticas evaluatorias que materializaban esta idea, incluso en la enseñanza primaria, puso la pluma en mis manos para probar:

1º Que una pérdida de más del 50% de la enseñanza primaria, aun contando con dos años suplementarios de escolaridad, no podía deberse a los alumnos porque no hay una sola sociedad en que haya semejante proporción de subnormales en el grado necesario para no poder adquirir ni la educación primaria común.

2º Que, por consiguiente, la regularidad pertenecía a la escuela, no entendiendo por ella a los maestros, como se hace mecánicamente, sino los sistemas nacionales de educación, cuyos organismos superiores gravitan sobre ellos en forma y medida jamás conocidas, por lo menos en el orden técnico.

3º Que había prescrito el vicioso descargo del absentismo y la inasistencia escolares; el primero, porque los cálculos de pérdida se hacen sobre la matrícula, no sobre el censo; y la segunda, porque se había reducido en grado muy alto, como revelaban sus

porcentajes estadísticos, muy inferiores, salvo escasas excepciones, a los de reprobación.

4º Que la aplicación en abstracto de la idea de homogeneidad como uniformidad pura había destruido la organización de la enseñanza en todas las comunidades que no contaban con un maestro para cada grado, lo que equivalía en multitud de países a robar la educación primaria “a priori” a más de la mitad de los niños; y por otra parte, había perturbado la de las escuelas completas estableciendo patrones didácticos y exámenes del más puro estilo chino, inaccesibles a la misma proporción de escolares.

5º Que en contraste con este bárbaro desmoche perpetrado con arrogantes presunciones científicas, asentimientos técnicos y presiones burocráticas, ha sido propiciado el acceso en masa a las escuelas secundarias y superiores, donde se reproducen, aumentadas, las fatídicas cifras de fracasos escolares, con las consiguientes dilapidaciones presupuestarias y otros efectos degenerativos, que consideraremos más adelante.

En el trabajo presente contemplaremos perspectivas más amplias y aspectos más profundos que esta materialidad de los rendimientos didácticos mensurables, que definen la crisis de la educación como una crisis total, no de transición, que es lo que se expresa ordinariamente con este término, sino de ruina sin remedio, puesto que no se percibe el menor signo de evolución positiva, y sí muchos de regresión y caída en el caos.

Comenzando por el concepto mismo, es fácil recordar que hasta mediados del siglo XIX fue mantenida la validez universal del concepto platónico, esencialmente formativo en el más elevado plano axiológico —“dar al cuerpo y al alma la perfección de que sea susceptible”— confirmado por Kant omitiendo la dualidad cuerpo-alma. En la segunda mitad del mismo fue desplazada sin comentario por el positivismo y el pragmatismo: “preparación para la vida completa”, considerada ésta bajo el criterio de utilidad práctica inmediata, y “reconstrucción de la experiencia”, orientada hacia el éxito personal del educando en la vida, eludiendo la idea de que, justamente en la vida, no hay éxito propio sin alguna forma de fracaso ajeno. Ambos conceptos fueron, por otra parte, expresados con el valor, por lo menos, de la sinceridad, en la teoría biológica que los inspiró: la selección de los más aptos, poco atenta a la circunstancia de que el hombre es un animal de aptitudes muy diversificadas. Dije reemplazar sin

discutir, y puedo agregar que sin considerar el antecedente, puesto que estas definiciones se hallaban ya en Platón como partes de una investigación jerárquica, en la que ocupaban el escalón inferior, expuesto espontáneamente por los discípulos en un diálogo de "Las Leyes". Los grados siguientes eran la ciudadanía y la virtud, porque el hombre no es sólo un ser que trabaja para ganarse la vida, sino además, y por encima, un ciudadano y un ente moral. El proceso culmina sintéticamente en la idea de perfección, dentro de las posibilidades personales de cada uno. Ahora bien, las definiciones positivistas y pragmatistas excluyen la predestinación económico-social como resultado de la educación en la educación propiamente dicha, que es la educación básica, general y humana, usando el lenguaje de la época pestalozziana, todavía vigente en el campo de la estratificación escolar. La orientación liberal y la lucha por la vida eran decisiones personales posteriores a los estudios primarios para los trabajos comunes; a los secundarios para las carreras académicas, con el recurso de la orientación, si el interesado creía necesitarla.

En esta situación sobrevino, después de la Primera Guerra Mundial, un estrechamiento de la idea de aptitud, por diferenciación progresiva del trabajo profesional, seguida inmediatamente de la inclinación a asociar unívocamente los dos términos: profesión y aptitud. El primer resultado fue el intento, parcialmente logrado en algunos sistemas, de imprimir un sentido "vocacional" a la enseñanza primaria, con intenciones predestinadoras, que algunos combatimos tenazmente, demostrando su prematuridad, ya que en la infancia esas aptitudes estrictamente especializadas no se manifiestan de manera definitiva y, en multitud de casos, tampoco en la vida adulta, como prueban los numerosos casos de cambio de profesión con excelente éxito. La emigración masiva que siguió a la guerra civil española fue una experiencia de alto valor testimonial en este punto.

No logramos nada, porque el subconsciente deseo de gobernar el futuro de la juventud, que designó genialmente Kerschenteiner como "acto seudoeducativo" es inherente al autoritarismo intelectual y pedagógico de numerosos dirigentes de la educación y a las sectas religiosas, políticas y sociales. En la imposibilidad de sostener legítimamente el principio de preclasificación ergológica y social en la organización de las escuelas básicas, la tendencia al encasillado pre-profesional se refugió en el

subterfugio de la introducción de actividades especializadas en la educación primaria al socaire de los trabajos de taller, que inicialmente no tuvieron tal significación, sino el de concreciones de la educación manual pedagógicamente concebidas como adiestramientos de utilidad general, y en el campo de la educación media prevocacional o vocacional, donde logró éxitos considerables con la multiplicación de las escuelas designadas con nombres diversos: prevocacionales, vocacionales, laborales, técnicas, etc., donde las pérdidas de alumnos por fracasos en los exámenes escolares fueron muy superiores a las de las primarias, como tuve la ocasión de evidenciar estadísticamente en los años 64 a 66, trabajando al servicio de la UNESCO. Fracasados o no, muchos alumnos se retiran de estas escuelas para ingresar en los talleres de los respectivos ramos, donde están convencidos de que realmente van a aprender el oficio. No recibí ninguna respuesta, ni se hizo ningún comentario; pero, insólitamente, surgió una actividad estadística rápidamente generalizada, acerca de las posibilidades y calidades de empleo de los distintos niveles escolares, con la cual se pretende verificar experimentalmente lo que no necesita semejante género de prueba, cuya oficiosidad paracientífica ya había satirizado Bertrand Russell con la referencia a cierto caso de investigación aparatoso, realizada a gran costo, cuyo brillante resultado había sido que “*si un trabajador trabaja intensamente durante muchas horas, al fin se cansa*”. Ahora, la conclusión fue que desde las clases de párvulos hasta la Universidad, la función de los sistemas educativos era proveer de empleados “ad hoc” al sistema de producción y consumo; y para disimular la significación discriminatoria de tal proposición, se desencadenó una campaña, hoy en pleno desarrollo, en pro de la prolongación de la escolaridad en todos los niveles docentes, con el fin de mejorar las perspectivas de empleo de “todos” los alumnos, así como de la apertura universitaria para todo el mundo y para toda clase de profesiones, con la adjudicación de títulos que asegurasen la prioridad y aun la exclusividad en la obtención de empleos. Como se ha extendido con rapidez increíble esta idea por los tres mundos, brincando de las revistas profesionales a la prensa diaria, resulta que el fin que determina el concepto de educación ya no es un fin del educando —condición ineludible del “acto educativo”— sino del sistema empresarial de la economía, cualquiera que sea el régimen político en que

se desenvuelva, porque ni siquiera podemos decir que hemos retrocedido a la educación clasista, sino que estamos creando la servidumbre de la escuela respecto del mercado o la distribución de empleos: ésta sería una fábrica de titulados con garantía del empleo correspondiente y exclusión de todos los demás. Claro que el “ideal” expuesto no se ha realizado todavía porque, afortunadamente, ni el individuo ni la sociedad son unas maquinarias que van más allá de la descrita en el “Mundo feliz” de Huxley; pero este mismo ha reconocido en una obra reciente, “Nuevo viaje al mundo feliz”, que se ha avanzado en tal sentido más de lo que hubiera podido pensar cuando escribió la primera¹. Desde luego el concepto de la educación como adiestramiento para empleos futuros determinados representa el punto más bajo a que la dignidad de esta función humana ha llegado en la historia. A él se debe la corrupción del trabajo escolar con el imperio creciente de los reflejos condicionados, en la forma de estímulo-respuesta, ambos preestablecidos y mecánicamente comprobados, y la descomposición del mercado de trabajo, porque son cada día más los casos en que el papel desplaza la competencia real, y porque se exigen certificados escolares desproporcionados para los trabajos y remuneraciones que con ellos se obtienen.

Un elemento fundamental de la crisis educacional es la destrucción de la mentalidad pedagógica del magisterio de todos los niveles, y en particular del primario, pedagógico por excelencia, a causa de la inestabilidad y constante cambio del educando. Como este fenómeno lo he tratado con extensión en mi “Pedagogía Natural” y en la “Enciclopedia Técnica” de Santillana, remito al lector a estas obras y me limito a señalar sumariamente sus efectos más lesivos. La primera ofensiva partió de la Biología, con su reducción del aprendizaje a cadena de reflejos; la definición de la educación como simple suma de hábitos, determinados por la permanencia de ciertas conexiones nerviosas; la ecuación ontogenia = filogenia aplicada a la educación en forma de reproducción de las etapas de la evolución biológica; la correspondencia automática de cada estímulo con su res-

¹Abundan las instituciones que extienden más de cien títulos diferentes. Yo conozco de cerca una que otorga más de 150, con prioridad oficialmente reconocida en la colocación.

puesta única, exactamente a la manera de las máquinas distribuidoras de chocolates, por ejemplo (Claparède), sin advertir que un funcionalismo de esta especie no ya deforma, sino que anula la idea de educación; la teoría de un “mundo del niño”, no existente en la creación, sino constituido por un sistema de material, que la pedagogía española (Cosío, Barnés, Morente) impugnó en su día enérgicamente. La Psicología recogió las banderas de la Biología cuando ésta se replegó, consciente de su inferioridad de este campo, y dando una vuelta en redondo, volvió al origen, no sin perturbar en la vuelta a los educadores con sucesivas proposiciones unilaterales, que no pasaban de ser traducciones al lenguaje psicológico de las versiones mecanicistas, organicistas y vitalistas más estrechas; y con simplismos como la “pedagogía de la espontaneidad” (libre juego de la relación estímulo-respuesta; y condenación de toda intervención externa preconcebida); la “pedagogía de la homogeneidad” (corolario del ilusorio principio de la “escuela a la medida”; puesto que exige una educación absolutamente individual); la corrupción psicoanalítica, con su generación obsesiva de buscadores de complejos y su propaganda de la pedagogía pornográfica, todavía en su apogeo; el cultivo de los fracasos escolares; la perversion del concepto de maduración, por su aplicación (abstrayendo la persona, que es lo que madura, integral y unitariamente) a cada órgano, cada facultad, cada materia docente, y aun cada actividad escolar y, por último, una práctica de los exámenes de promoción que arrasa los grupos escolares. Fue justamente la transposición de esta práctica al acto didáctico la que cerró el círculo vicioso indicado, recogiendo las teorías reflexológicas de Pavlov y su época en una psicología del aprendizaje, transmutada en una pedagogía animalística, con su hedonismo didáctico; su aplicación del mecanismo estímulo-respuesta como método sustancial; su correspondencia biunívoca de preguntas y respuestas que ha resucitado la forma catequista en sus modalidades más descarnadas y, por último, el imperio de la materia sobre el niño, que ha dado origen a una nueva especie metodológica, bautizada con el desconcertante nombre de “enseñanza programada”; porque exceptuada la época antimetódica de la “pedagogía de la espontaneidad” y el anarquismo didáctico de los Neil, Illich, Freire, etc., la enseñanza siempre fue programada. Tanto es así que cuando en Nicaragua alguien me preguntó hace 15 años, si

conocía “eso” de la enseñanza programada, me permití un leve mafistofelismo al responderle: “No conozco otra”. La teoría pedagógica también tiene su nombre: *neopavlovismo*. Digo mal: la psicopedadología; porque si busca usted una Pedagogía en una librería, por suerte hallaba uno o dos, con ese título o con el de Ciencia de la Educación, escondidas en los estantes de ventas ocasionales. En el escaparate, su vista incidirá en media docena de voluminosas Psicologías con el mote de educativas o pedagógicas, producto prodigado por la industria editorial en grado superlativo. Por el imperativo profesional, yo tengo las necesarias para estar al día: son masas descriptivas de experimentos de condicionamiento de los reflejos sin un átomo de materia aprovechable para los maestros en su escuela, salvo algunas ideas y prácticas robadas a la Didáctica preceptiva y científica, que se remontan a Herbart, Pestalozzi y Comenio, aunque estos nombres se oculten cuidadosamente, porque no hay más foco de inspiración reconocido que el perro de Pavlov: un modelo mental de indudable legitimidad pedagógica y validez didáctica para la educación de perros de circo, ínfimo, para la de cualquier ser que disponga de un centenar de palabras. La evolución desde el pavlovismo al neopavlovismo consiste en un aparato de textos, fichas, máquinas y materiales complementarios que encarece fabulosamente la enseñanza y margina al maestro hasta anularlo en los casos más radicales. El texto lo suple en la administración del contenido; las fichas, en la selección del material; las máquinas o las claves, en la evaluación y apreciación de los resultados, eliminando de paso la función pedagógica real de toda prueba, al suprimir las implicaciones psicológicas y pedagógicas tanto acertadas como erróneas, pues lo que importa más en educación no es el acierto o el error en sí, sino la calidad del primero y el posible origen del segundo.

De administrador de la enseñanza y director del aprendizaje, el maestro se ha convertido en ejecutor obediente de instructivos y seguidor de guías de aprendizaje y calificación. Nunca se ha conocido una devaluación y rebajamiento semejante del educador profesional como elemento de la educación escolar. La presión burocrática es asfixiante. El autor recuerda con melancolía su época de maestro de enseñanza primaria (1925-1933), en la que gozaba de una libertad absoluta en la selección y uso de métodos, procedimientos y recursos auxiliares, y asumía por ese

mismo hecho la responsabilidad íntegra de los resultados instructivos y educativos, primero ante los padres de los alumnos mismos; segundo ante la comunidad; y tercero ante la Administración, a través de una Inspección de reconocida competencia profesional y extraordinaria flexibilidad intelectual y técnica. Su total instrumentalidad como repartidor de fichas y ejecutor de instructivos, guías y órdenes puras y simples está arrebatando a los maestros su personalidad profesional, y lo más grave es que ellos se están adaptando, porque su nueva situación es en el fondo cómoda, en cuanto los descarga de la responsabilidad de los rendimientos, ya que puede replicar a las críticas adversas sobre los resultados, que él hace lo que le mandan, y probarlo con una tupida documentación. Es una experiencia vivida en mis años de Experto Itinerante con una frecuencia inquietante. El costoso aparato de concepción, imposición y verificación externa resulta, pues, falseador, perturbador y paralizador. El papel crítico de la familia y la comunidad, en el mejor sentido de esta función, ha sido reducido a la nada. Aterrados los padres por la amenaza de las calificaciones, incluso en la enseñanza privada; encandilada la comunidad por una multiplicidad de actividades de relumbrón que se le presentan como imagen de la educación "moderna", no se atreven a respirar, aunque en su fuero interno les muerda la duda acerca de su valor efectivo para una sana instrucción y educación de los muchachos.

Todas estas consideraciones conducen al punto culminante de la crisis: el encarecimiento desatentado del servicio, que en la esfera privada tiene abrumadas a las familias, porque su incidencia en los presupuestos domésticos está superando hasta la vital partida de la mantención, aun en aquellos lugares donde el regalo de los libros gravita a la vez pesadamente sobre los presupuestos nacionales y municipales. Primero, el uniforme, aunque apenas la familia tenga para comprar unos calzones y unos zapatos. Segundo, los utensilios de trabajo, el material fungible: papel, bolígrafo, lápices negros y de colores, acuarelas, pinturas al pastel, material para actividades generales, material para dibujo, material para trabajos manuales indiferenciados, cartón, cartulina, material para el taller *A*, material para el taller *B*, colectas para fiestas, regalos, obras de caridad, homenajes, concurrencias sociales relacionadas con la demanda, justa en sí, de que la escuela no viva enclaustrada entre las cuatro paredes de las aulas; pero interpretado de tal suerte, que habrá que ir

pensando en la inversión de la instancia, si se quiere que los alumnos estén dentro el tiempo necesario para desarrollar siquiera en forma mínima los contenidos docentes de los cursos escolares.

Pero todo esto es “pecata minuta” al lado de las inversiones públicas, concebidas con la más eufórica prodigalidad, no sólo por los organismos tecnológicos, ejecutivos o consultivos, de los Ministerios de Educación, atrozmente multiplicados, sino por la opinión pública misma, ganada por una propaganda frenética de los instrumentos publicitarios oficiales y privados. García Hoz escribe con mucha verdad en su prólogo al tercer tomo de la Enciclopedia citada: “Que la educación es una actividad cara, es una idea que afortunadamente está calando en la mentalidad de nuestro tiempo”. Sin embargo, don Víctor trata de atenuar el sentimiento de carencia, y en otro lugar se expresa de modo que puede representar un alivio. Así, al advertir que no quiere dejar la impresión de que el excelente equipo redactor de la obra se deja llevar exclusivamente por el criterio de “lo nuevo” sino que logra “una armonía entre lo clásico y lo moderno”, agrega: “Quizá pudiéramos decir que el espíritu clásico se proyecta en la actividad viva del profesor, mientras que el espíritu moderno queda más patente en la mención del utilaje técnico que las escuelas pueden emplear”.

Pero con ser grave el derroche presupuestario, no constituye el capítulo más pesado de la cuenta de las carestías. Hay algunos más ruinosos, ocupando el primer lugar el que nos dio el tema para el libro citado, al principio de este trabajo, o sea el de las pérdidas escolares que esterilizan más de la mitad de las inversiones públicas, de tal suerte que bastaría corregirlo mediante un sistema de responsabilidades concretas para que, con los presupuestos actuales, casi todos los países de Europa y América que conocemos pudieran cumplir el precepto constitucional de enseñanza primaria obligatoria de seis años en condiciones positivas para el nivel de cultura general de los respectivos pueblos, condición “sine qua non” para que los demás niveles se desenvuelvan correctamente.

Factor gravísimo, no ya de crisis, sino de insuficiencia crónica en todos los campos, es la elección del modelo de organización. El terrífico concepto de subdesarrollo ha destrozado a los pueblos pobres, que son los más, por la fascinación de su modelo de desarrollo inaccesible, cual es del país de mayores riquezas

naturales del mundo que nunca ha existido. Ahora bien, si una familia que apenas puede sostener, por ejemplo, un Volkswagen, se obstina en lucir un Cadillac, su destino es la ruina y la desesperación; y si un pueblo que carece de energéticos y materias primas cifra el concepto de desarrollo en la industria pesada, se hundirá en la miseria o se despeñará en la trampa a favor de un puñado de familias interiores o exteriores, por el deterioro o abandono de riquezas propias que, bien explotadas, lo podrían mantener con decoro, y hasta engendrar una industria capaz de proporcionarles una relativa holgura. Y volviendo a nuestro asunto: si un pueblo con 250, 500 y aun 1.000 dólares de ingreso "per capita" toma por modelo de la educación nacional a Estados Unidos, se gastará en educación, como está ocurriendo, del 25 al 50% del presupuesto de gastos, para dejarse en la calle la mitad de sus niños, causándoles además la ofensa de exhibir el modelo, o algo que lo parezca, en algunos cientos de escuelas urbanas o de artificiosos montajes de educación rural. El mimetismo impotente y despilfarrador llega más lejos. A menudo, el modelo no es un sistema real, más o menos susceptible en cualquier caso de adaptaciones racionales, sino un planteamiento teórico tomado de un libro o una revista, o una institución particular para las clases de más altos recursos de los países más ricos, inaccesibles hasta para los pueblos de mayor desarrollo. De tales elucubraciones han salido tópicos pedagógicos ruinosos como, por ejemplo, el de los máximos de niños por maestros que elevan las necesidades de personal docente a cifras estratosféricas, cuyo sostenimiento con modestas remuneraciones absorbería la totalidad de los presupuestos. Tanto es así que algunos países, recogiendo esas utopías en forma de condiciones absolutas de la eficacia del trabajo escolar, se han declarado impotentes para cumplir el precepto constitucional que establece la educación primaria obligatoria y gratuita. Y no es lo peor la consecuencia financiera, sino la desmoralización profesional que conduce a justificarse a sí mismos a los maestros con matrícula superior a la "ideal" afirmando que con grupos tan numerosos no se puede trabajar. La misma reacción lastimera se produce si el material no es abundante, si el grupo es heterogéneo, si la asistencia es un poco irregular, si arrastra —cosa corriente con nuestros regímenes de promoción— un fuerte lastre de fracasados . . . en suma, que hemos hecho de la pedagogía un sistema de alegres posibilidades.

En contraste con el empequeñecimiento de los grupos, aparece el aumento del tiempo de escolaridad obligatoria, reclamado en forma tan apremiante por políticos, sociólogos, periodistas y profesionales interesados, induciendo a elevar de 8 a 9 años la duración legal de la educación básica a los gobiernos de pueblos que no están logrando aplicar el de 6 ni a la mitad del censo escolar. Y no solamente los países en desarrollo incurren en esta carrera hacia la desesperación y el caos escolar; también aquellos cuyo período de escolaridad obligatoria ha remontado la edad de 15 años en el papel (por cierto con altos porcentajes de incumplimiento que cualquiera puede comprobar en las estadísticas del ramo) sufren la presión de una propaganda interesada en elevarla hasta 17 ó 18 y aun más, si los planes de enseñanza secundaria superior han sido alargados en las propias escuelas o en años básicos o preparatorias de los planes universitarios, no obstante las manifestaciones de alarma de los medios gubernamentales, acompañadas a menudo de abiertas referencias al descenso progresivo de los resultados, como las que han llenado la prensa en Estados Unidos al fin del curso de 1977, caracterizados por una extrema actitud en relación con las materias instrumentales y particularmente con la lectura, es decir, con tareas que debe cumplir bien cualquier primaria de 5 ó 6 años. Por otra parte, se propaga intensamente la idea de la ilimitación del acceso a los niveles superiores, rechazando toda garantía de capacidad de los concurrentes, lo que ha dado lugar a una hinchazón de las matrículas, con la consiguiente creación de una masa de estudiantes sin intereses intelectuales ni espíritu profesional, que no estudian ni dejan estudiar a muchísimos jóvenes que sin su presencia lo harían, sin que ponga freno a estas presiones demagógicas la barbarización estudiantil. Al contrario, la demanda incondicional crece; y no bastando la hinchazón del sistema existente, se procede a multiplicar las universidades sin plan ni concierto, en lugares faltos de condiciones adecuadas, y sin disponibilidades de profesorado idóneo, a los cuales sólo acude un corto número de alumnos, porque no obedece la fundación a imperativos geográficos, demográficos ni escolares, ni se limita de ninguna forma la libertad de los aspirantes en la elección de escuela; pero su presupuesto de personal, servicios y equipo es el de cualquier universidad de tipo medio; de suerte que si la esterilidad de las inversiones en los niveles primario y secun-

dario es impresionante, el despilfarro en la enseñanza superior es pavoroso.

En conclusión: lo que estamos llamando crisis de la educación contemporánea ya no es tal, porque no se percibe ni el menor indicio de transición a una nueva realidad positiva relativamente estable; es una disolución pedagógica, moral y económica irresoluble por la vía de la reorganización interna; de modo que lo que se impone es parar en seco el proceso de desintegración y proceder a una revisión total de las maltrechas realidades escolares y administrativas que restaure los fundamentos pedagógicos de la enseñanza y a una reconstrucción de los sistemas nacionales que, recogiendo las conquistas científicas y técnicas de validez general comprobada, se atenga a las necesidades y posibilidades de los países respectivos.

